

creencias arruinadas, sus profesías incumplidas. Diríase que un demiurgo irónico se afanó en seguir las huellas de sus vacilantes pasos para enterrar una y otra vez, los dioses que florecieron en su corazón: Cristo en la infancia, la Ciencia y la Democracia en la juventud. Y luégo que su inteligencia hubo de madurar en el estudio y la meditación, percibió que su alma era un altar vacío, que buscaba con melancolía la presencia de un Dios. Su razón lo buscó con ardor en la filosofía y en la historia, sus sentimientos lo invocaron con voces de plegaria en las profundidades íntimas de su sér. ¡Todo fue en vano! Lo absoluto se resistió a sus investigaciones de sabio y permaneció desdeñoso a sus súplicas de creyente, dejándole sumido en la incertidumbre.

Cuando la fe le abandona, Renan, no sin honda pena, revestido aún de sotana, sale para siempre de San Sulpicio, sediento de ideal y con la perspectiva de la pobreza. Tenía dieciocho años: era en noviembre de 1845. El drama interior que precedió a tan grave determinación, aunque desarrollado en la intimidad de su conciencia, no nos es desconocido. Las confesiones epistolares a su hermana Enriqueta nos permiten revivir las horas de angustia, sus oscilaciones dolorosas para emanciparse intelectualmente, rompiendo con la Iglesia sin odio ni rencor, más bien con sincero pesar. Sus propósitos no sufren cambio alguno, sino que se afirman con más